

vista.» Este pasaje es notable bajo diferentes conceptos. Él nos enseña que en los días de Tobías como en los nuestros, el grueso pez del Tigris servía de alimento, que á la sazón lo mismo que hoy se asaba en las parrillas, y se salaban las carnes, y que el hígado de pez servía para la preparación de un medicamento, del cual el aceite de hígado de bacalao y otros animales marinos no es a caso más que una reminiscencia. Lo que se ignora en nuestros días es que la hiel de ciertos pescados pueda curar las queratites y hacer caer de los ojos las cataratas bajo la forma de tenues membranas. ¿Por qué no ha de ser así? La ceguera de Tobías, lo mismo que la de Saulo, reconocía evidentemente por causa la opacidad de la córnea trasparente. Pues bien, esta córnea está equivalente, si no absolutamente, formada de capas ó laminitas separadas ó separables, unas interiores y otras exteriores, siendo la condensación de una ó muchas de estas laminitas lo que causa las cataratas ó manchas de la córnea, de las cuales las variedades principales son el *albugo*, la *nubecilla* ó *nephtlion*, el leucoma, etc.; y uno de los medios de curación de dichas cataratas es la abrasión, por cuya operación con un bisturí escarificador se quita la laminita de la córnea en que se encuentra la mancha. Pues bien, lo que el bisturí puede hacer, con más poderosa razón puede realizarlo el milagro, y nada científicamente se opone á que la catarata ó la capa invadida por la mancha haya podido desprenderse bajo la forma de película muy delgada respecto de Tobías, y bajo la forma de una especie de escama respecto de Saulo. Nada diré de este otro versículo (cap. VI, v. 8): *Si el hígado del pez fuere quemado, el demonio será ahuyentado*, toda vez que esto fuera ya salir del dominio de la ciencia para entrar en el dominio de lo sobretural y del milagro, de lo cual trataremos en otro lugar: aquí sólo debíamos hablar del pez de Tobías.

Pez de Jonás.—El Señor tuvo dispuesto un gran pez á

fin de que tragara á Jonás, y Jonás permaneció en las entrañas de la ballena por espacio de tres días y tres noches.» (Libro de Jonás, cap. II, v. 1.) Aquí todavía se grita contra lo imposible. Examinémoslo un poco. Notemos en primer lugar que se trata de un personaje histórico, de un hecho solemne que nos ha sido transmitido por una tradición no interrumpida, cuyo recuerdo conservábase todavía enteramente vivo en los primeros tiempos del Evangelio, y cuya existencia real nos es afirmada por Jesucristo mismo. «Y del mismo modo que Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre del pez, así también el Hijo del Hombre permanecerá en el seno de la tierra tres días y tres noches.» Trátase de un hecho, en fin, cuya memoria, en los lugares en que aconteció, conservase tan fresca como en los primeros días. En la carta escrita desde Ninive, y que nosotros recordábamos poco há, M. Víctor Laplace decía: «Este país está lleno de recuerdos los más curiosos; hé aquí uno de ellos que os sorprenderá sin duda alguna. La semana pasada la ciudad de Ninive celebró tres días de ayuno, seguidos de un día de regocijo en conmemoración de la penitencia impuesta á los ninivitas por Jonás. Bien podeis decir que saibéis por un cónsul, que se halla sobre el lugar mismo, que una ciudad entera conmemora todos los años uno de los hechos más extraños y antiguos de la Biblia. Lo más curioso es que los musulmanes mismos respetan esa tradición y celebran la fiesta al mismo tiempo que los cristianos. Es cierto que el Corán encierra un capítulo entero consagrado á Jonás, y que á la vista de Mosul hay sobre un montecillo artificial una mezquita muy venerada, en la cual es fama que se oculta el sepulcro de Jonás. Dicha mezquita es aún tan venerada, que, aunque tengamos la prueba de que aquel montecillo encierra los más preciosos restos de arqueología asiria, no nos ha sido posible hacer en ella exploración alguna. El tocar el suelo que sustenta el sepulcro de Jonás fuera exponerse á hacer estallar una revolución. Cada viernes, á la hora de la oración, las

gentes vienen en tropel de Mosul para hacer allí una peregrinacion. Juntad esas muestras de respeto con las que rodean todavía el sepulcro de Daniel en Suza, donde los hombres de todas las religiones van á orar, y que ninguno podría violar sin esponerse á ser asesinado.»

Y de unas tradiciones tan respetables y santas, el libre pensamiento se mofa descaradamente. Aquí tenemos dos problemas que resolver: 1.º ¿Puede existir y existe acaso un pez asaz grande para engullir á un hombre sin destruirlo y darle asilo en sus entrañas? 2.º ¿Con milagro ó sin él, pudo Jonás salir vivo del vientre de dicho gran pez? La respuesta dada á la primera cuestión por la ciencia es perentoria. El pez elegido y enviado por Dios para tragar á Jonás puede existir y existe. La especie del pez no es designada por la Biblia; el texto hebreo lo denomina *doggadol* (*gran pez*), el término griego, *ketos*, y el *cetus* de la Vulgata indican un cetáceo, mas sin expresar el género y la especie de cetáceo. ¿Por qué no sería una ballena? Algunas ballenas ciertamente tienen la garganta demasiado estrecha para devorar á un hombre, pero nada prueba que no exista una ballena de fauces más anchas; la garganta por lo comun crece con el volumen del animal. Véanse en otros tiempos y véñse hoy todavía ballenas en el Mediterráneo, y como la ballena de Jonás, véiaselas encallarse sobre las costas. En enero de 1854, una ballena seguida de su ballenato aventuróse en el puerto de San Sebastian, en la misma estacion, dice M. Eschricht, el legislador de las ballenas (*Informe de la Academia de ciencias*, tom. L, pág. 927), en que antiguamente llegaban bandas enteras de las mismas. Dicho pez pudiera ser tambien una *lamia* del órden de los perros marinos, asaz grande para tragar á un hombre entero. Se han encontrado algunos en el Mediterráneo que pesaban hasta quince mil kilogramos, y se han cogido algunos dentro cuyo cuerpo se han extraido hombres enteros, aun completamente armados. Rondelet, en su *Historia de los peces* (lib. III, capítulo, II), dice haber visto en Santona una *lamia*, cuya

garganta era bastante grande para que pudiera entrar por ella un hombre grueso y robusto; por último pudiera ser un tiburón, puesto que lo que la historia natural nos cuenta de ese monstruo marino hace posibles todos los pormenores del relato bíblico.

El único punto que, científicamente hablando, pudiera constituir una dificultad sería es la existencia de Jonás durante tres dias y tres noches en el vientre del pez. ¿Puede concebirse que Jonás haya podido vivir tres dias y tres noches sin otra comunicacion con el aire? Aunque muy poco adelantada aún en este supuesto la ciencia, sin embargo nos suministra los elementos necesarios para afirmar que la pretendida imposibilidad no existe. La situacion de Jonás puede ser comparada á la de un niño que vive en el seno de su madre, sin ejercicio alguno de la respiracion, por el solo acto de la circulacion de la sangre, que puede aun haber sido suspendido en Jonás, como sucede en ciertos estados de letargo ó de síncope, con persistencia de los movimientos del corazon. La situacion de Jonás puede ser comparada igualmente con mayores ventajas á la de los sapos, que quedaron sepultados en el seno de piedras muy duras y que se ha visto salir vivos al cabo de centenares ó de millares de años. Un hecho muy notable de este género fué sometido al dictámen de la Academia de ciencias, y fué en la sesion del Lunes 4 de agosto de 1851, el objeto de un informe solemne hecho por M. Duméril, en nombre de una comision compuesta de MM. Elias de Beaumont, Florens, Milne Edwards y Duméril, los más célebres de los naturalistas franceses. La comision declara haber visto en la cavidad de un grueso sílice un sapo vivo, apoyado sobre el vientre, echado y replegado sobre sí mismo en un espacio muy reducido, que llenaba enteramente agazapado, encogido y apretado. Ellos vieron al sapo extraido de su cavidad estender su cuerpo. Los operarios que lo descubrieron lo habian visto correr. En vano los comisionados buscaron una via de comunicacion con el exterior, algun ho-

quete ó canal que pudiera haber dejado penetrar el aire hasta el animal. La clausura fuera del acceso del aire era evidente, y por más que se trate de un hecho extraordinario y maravilloso, la comision no se pronuncia sobre su realidad. Ella no somete conclusion alguna á la aprobacion de la Academia; se contenta con decir: «Nosotros no hubiéramos dado tanta importancia á la reseña y al estudio del hecho que la Academia nos habia encargado de examinar, si desde más de dos siglos parecidos ejemplos extraordinarios, cuyas causas son difíciles de penetrar y cuyos resultados permanecen hasta aquí sin explicacion, no se hubieran ofrecido á las investigaciones de los naturalistas y fisiologistas, ninguno de los cuales, menester es confesarlo, ha podido suministrar algunas explicaciones plausibles.» La comision, sin embargo, juzga útil el formar catálogo de una treintena de hechos semejantes con un breve análisis de algunos de dichos relatos y de las observaciones principales. Evidentemente el relator y la mayoría de la comision creían en la realidad de sapos vivos en el seno de grandes pedazos de piedra sólida, sin comunicacion alguna con el aire; mas los respetos humanos y las apariencias de lo maravilloso les contuvieron.

La incertidumbre, afortunadamente, no debia durar largo tiempo. Un sabio corresponsal del Instituto de Francia, M. Seguin, el célebre ingeniero, apresuróse á poner término á la misma con la comunicacion, en la sesion del 15 de setiembre, de los resultados de varios experimentos directos hechos por él. Habia colocado una decena de sapos, unos en vasijas de barro y otros en varios restos de regaderas de hoja de lata, envolviéndolas con yeso amasado. Al cabo de algunos dias inspeccionó las vasijas, y habiendo encontrado un sapo vivo, resolvió conservar los demás durante un número de años muy considerable. «En opinion de mi familia, dice M. Seguin, ellos permanecieron allí diez años. Al cabo del tiempo presumido, pero que no debió bajar de cinco á seis años,

rompió el yeso que estaba muy duro, y encontré en uno de los vasos un sapo en perfecto estado de salud; el yeso hallábase enteramente amoldado sobre él, y este llenaba todas las cavidades de aquel. En el momento en que rompí el yeso, dicho animal hizo un esfuerzo para salir de su estrecha prision, mas fué detenido por una de sus patas que permanecia pegada. Rompí esa parte del yeso, el animal saltó al suelo, y recobró sus movimientos habituales, como si no hubiese habido interrupcion alguna en su modo de existir.» (*Informes de la Academia de ciencias*, tom. LII, 1851, pág. 201.)

El hecho contestado ó tan difícil de creer no podia ya ser puesto en duda. Estaba demostrado una vez más que la ciencia tiene miedo de sí misma en su contacto con la religion. En otro lugar veremos que no consistió en admitir como posible y real el hecho hoy bien atestiguado y muy comun de ciertas piedras caidas del cielo, que la Santa Biblia ha consignado hace cerca de tres mil años. Luego, científicamente, el hecho de Jonás, vivo y orando en el seno de la ballena, nada tiene de imposible. M. Babinet no vacilaba en considerar como auténtico, y recordaba á menudo en sus artículos de periódicos el hecho de aquellos indios que por una suma de dinero consentian en dejarse enterrar, sobre el cuerpo de los cuales se siembra el arroz, y que son desenterrados vivos despues de la siega. Esto es físicamente, lo mismo que lo del sapo vivo, mucho más extraordinario que el hecho de Jonás, al permanecer encerrado tres dias y tres noches en el vientre flexible de la ballena.

Los sabios distan mucho de ser tan tímidos; por el contrario, ellos son por demás temerarios siempre que se trata de negar un hecho bíblico, por ejemplo, el hecho de Jonás, ó de darle un mentís sin razon alguna. Un jóven naturalista que lleva un nombre ilustre y al mismo tiempo un nombre caro á la religion, M. Eduardo Van Beneden, en una relacion ó informe sumario sobre los resultados de un viaje al Brasil y á la Plata, consagrado en parte á hacer

observaciones sobre las costumbres de los delfines, no vaciló en publicar clandestinamente dicha nota, que él ignoraba que fuera, nos complacemos en creerlo, blasfematoria é impia, toda vez que ella es un mentis dado á la palabra de Jesucristo: «Una antigua creencia difundida en Europa atribuye al delfin el hábito de sacar á la orilla los cadáveres humanos que su instinto le hace descubrir. La fábula de Jonás *reproduit* esa antigua creencia.» ¡Qué ligereza científica por no decir otra cosa! Hacer por antojo del gran cetáceo de la Biblia un delfin que conduce á la playa el cadáver de Jonás, y ver en un milagro invocado por Jesucristo una fábula, la corrupción de una leyenda popular! Esto es triste, muy triste. Los colegas cristianos de M. Van Beneden en la Academia de ciencias de Bélgica no podían en conciencia dispensarse de protestar. Ellos lo hicieron en términos muy moderados y dignos. Empero, lo más triste todavía, además de la indiscreción de M. Eduardo Van Beneden, fué que la mayoría y la administración rehusaron comunicar á la Academia esa protesta tan honrosa, y prefirieron aceptar la dimisión de dos de los miembros del ilustre cuerpo, un matemático eminente, M. Gilbert, y un químico muy hábil, M. Henry; es decir, que la Academia se resignó á excluirlos de su seno. Casi al mismo tiempo, la Sociedad Real de Londres obligaba á la vez al ilustre astrónomo, Royal de Ecossier, á romper con ella, porque su Junta rehusaba presentar en sesión pública una memoria en la cual M. Piazzí Smyth rectificaba varias medidas falsas de una de las dimensiones de la gran Pirámide, y las rectificaba, tanto en honor de los sabios franceses del Instituto de Egipto, cuyas investigaciones el director de la triangulación inglesa aminoraba, como en el interés de la teoría científica de la gran Pirámide, á la cual las nuevas medidas, evidentemente falsas, quitaban una de sus principales bases. Mas ¡ay! demasiadas corporaciones sábias están bajo la tiranía del libre pensamiento, y no advierten que esa tiranía se ejerce, como en el ca-

so de Jonás, en menoscabo de la ciencia y de la verdad.

Zorra. — «Sanson fué y tomó trescientas zorras; ató las colas de las unas con las colas de las otras, atando también antorchas en medio. Puso fuego á las antorchas, y soltó á las zorras, á fin de que estas corrieran por todas partes. Las zorras arrojéronse en las mieses de los filisteos, las cuales una vez encendidas, fueron quemados los trigos ya segados y los que estaban todavía en pié. La llama consumió aún las vides y el plantío de olivos.» (Libro de los Jueces, cap. XV, v. 4 y 5.) ¡Qué de bufonadas todavía sobre ese ejército de zorras, sobre el tiempo enorme requerido para cogerlas y atarlas juntas por la cola! Notemos en primer lugar, que las zorras de que es cuestion aquí, llamadas en hebreo *shakals*, son los chacales, animales que ocupan un medio entre la zorra ordinaria, el perro y el lobo. Hoy todavía encuéntranse manadas de ellos en la Palestina: lejos de ser salvajes como la zorra, buscan la sociedad de los hombres y se dejan coger fácilmente. Morison (*Viaje al monte Sinai y á Jerusalem*, página 487) nos enseña que la parte de la Palestina habitada por los filisteos, hallábase todavía en su tiempo llena de zorras ó chacales. Sobre el camino de Rama, dice, tuvimos durante más de cuatro horas, bajo nuestra vista y á nuestra izquierda, una bellísima campiña de un terreno excelente y de una extension prodigiosa, que se dice ser aquella en la cual Sanson, para vengarse de los filisteos, enemigos declarados del pueblo de Israel, quiso poner fuego en sus mieses, viñas y olivos. Los críticos insolentes no preguntarian ciertamente de qué manera y en qué lugar Sanson pudo capturar tantas zorras para la ejecución de su designio, si supieran como yo que la Palestina está atestado de ellas, y si hubiesen oido como yo también sus ganidos en las malezas y particularmente en las ruinas de los edificios en que fabrican sus madrigueras y donde se hallan en número, por decirlo así, infinito.»

Ovejas blancas y manchadas.—«Jacob, pues, tomando algunas varas verdes de álamo, de almendro y de plátano, despojólas en parte de su corteza. Quitada la corteza, apareció una blancura en aquellos plátanos que habían sido despojados de ella, mientras que los demás puntos que estaban intactos permanecieron verdes. De esta suerte, el color de las ramitas vino á ser variado, y él las colocó en los canales donde se derramaba el agua, á fin de que cuando los rebaños fueran á abrevarse en ellos, tuvieran las varas bajo su vista, y concibieran á la vista de éstas. Sucedió en efecto, que en el calor mismo del ayuntamiento las ovejas miraban las varas, y concebían pequeños manchados, mosqueados y matizados de diversos colores.» (*Génesis*, cap. XXX, v. 37-39.) «Esa particularidad de la historia de Jacob hállase relacionada con una preocupacion impertinente, pero muy antigua: nada es tan antiguo como los errores de toda clase,» dicen todavía con Voltaire los enemigos de la religión.

El calificar de preocupacion impertinente el hecho de la influencia de la imaginacion de la madre sobre el feto es más que una impertinencia, es hacer ostentacion de una ignorancia vergonzosa: la ciencia ha consignado un sinnúmero de casos sobre la grande influencia ejercida sobre el feto por algunos objetos extraordinarios, sea atractivos, sea espantosos, que se encontraron ante los ojos de las madres en el acto de la concepcion ó aun despues de la concepcion. El R. P. Humilla, de la Compañia de Jesús, en su *Descripción del Orinoco*, cita un ejemplo muy asombroso de esa influencia misteriosa de la vista sobre la concepcion. «La hija de una negra, de cinco años de edad, está manchada de blanco y negro desde la cima de la cabeza hasta los piés, con tal simetría y variedad, que se diría que es la obra del compás y del pincel. Su cabeza en su mayor parte está cubierta de cabellos negros ensortijados, de entre los cuales élvase una pirámide de pelo crespo tan blanco como la nieve, cuya punta va á parar á la coronilla misma de la cabeza, de donde

desciende, ensanchando sus dos líneas colaterales, hasta el medio de una y otra ceja, con tanta regularidad en los colores, que las dos mitades de las cejas, que sirven de base á los dos ángulos de la pirámide, son de pelo blanco y ensortijado, al paso que las otras dos mitades que se hallan junto á las orejas, son de un pelo negro y crespo... Desde la extremidad de los dedos de las manos hasta encima de la muñeca, y desde los piés hasta la mitad de las piernas, dicha negrita parece llevar guantes y botinas naturales, lo cual produce una admiracion indescripible, y que crece al notar que esas extremidades están sembradas de un gran número de lunares tan negros como el azabache... Habiendo tomado un día aquella niña entre mis brazos para observar mejor la variedad de los colores de que he hablado, observé que saltó al mismo tiempo sobre las rodillas de la negra (madre) una perra negra y blanca. Yo cotejé sus manchas con las de la hija, y habiendo encontrado mucha semejanza entre ellas, principié á examinarlas en detalle, de tal manera que hallé una conformidad perfecta entre unas y otras, no sólo respecto de la forma, la figura y el color, sino aún respecto de los sitios en que ellas estaban colocadas. Interrogué á la negra... ella me dijo que la perra le hacía siempre compañía. Entonces creí, y sigo creyendo aún, que la vista continua de dicho animal, unido al placer que éste sentía en jugar con aquella, había sido más que suficiente para trazar esa variedad de colores en la imaginacion de la madre, é imprimirla en la hija que iba á concebir ó que llevaba en su seno.»

Este hecho, del cual muchas personas fueron testigos, es ya una réplica muy poderosa á la afirmacion gratuita de los incrédulos; mas en estos últimos tiempos, el *Diario de la Agricultura práctica* y el *Boletín de la Sociedad nacional y central de Agricultura*, bajo la autoridad de un escritor agrícola muy conocido, M. F. R. de la Théonais, han publicado varios otros casos más en analogía con la industria de Jacob. Vamos á analizarlos con la

mayor brevedad posible. Encontrárase los referidos con todos sus pormenores en el *Diario de Agricultura practica* de M. Barral, cuaderno del 7 y 28 de setiembre de 1872. 1.º Uno de los ganaderos más distinguidos de la Mayenne, M. Carlos de la Valette, ha podido atestiguar que un verraco de pura raza inglesa, del cual habíase servido para cruzarlo con algunas razas del país, había comunicado á algunos productos obtenidos con una marrana de su propia raza caracteres enteramente reconocibles, como pertenecientes á la raza del país.... Así el ayuntamiento de un macho con hembras de cierta raza influye en dicho macho hasta el punto de hacerle comunicar á sus productos con una madre de una raza enteramente distinta los rasgos característicos de las hembras que él hubiere cubierto anteriormente. 2.º El difunto lord Ducie tenía una raza de cerdos de color blanco de los más notables... Todos los rasgos característicos de dicha raza estaban marcados de la manera más persistente, y los verracos no dejaban jamás de dar á sus productos con las hembras de no importa qué otra raza las señales que les distinguían, y sobre todo su color blanco... Lord Ducie dió un verraco de esa raza al célebre ganadero, M. Lawyston, y este dió al verraco sus mejores marranas blancas para cubrir. Empero, por complacer á unos colonos, vecinos suyos, permitió á éstos que trajeran á su verraco sus marranas, casi todas ellas pertenecientes á la raza negra del Berkshire. ¡Cuál no sería la sorpresa de M. Lawyston, al notar que las marranas blancas de la misma raza pura que la del verraco, cubiertas de nuevo por este, le dieron algunos productos manchados de negro! 3.º Un día fué conducida á la casa del mismo señor Lawyston una becerria de pura sangre Durham, para ser cubierta por uno de los toros de su magnífica ganadería. Dicha becerria, un tanto salvaje y habituada á la sociedad de otros animales, no quiso dejarse conducir toda sola... Su conductor... vióse obligado á hacerla acompañar por una vaca de la raza de Alderney, con la cual se había acostum-

brada á vivir. Al llegar al patio de la granja de Sursden, el administrador, M. Saridge, hizo observar inmediatamente al conductor que había hecho muy mal en traer con la becerria Durham una vaca de Alderney, y que podía estar cierto de que el producto tendría el pelaje de la raza de Alderney. Eso es efectivamente lo que aconteció; el producto vino al mundo con todos los matices de color de la raza de Alderney. 4.º M. Trethewy, agricultor y ganadero eminente, refiere que uno de sus vecinos envió un día una vieja asna baya al caballo padre Middleton, cuya piel era igualmente de color bayo y del mismo matiz que la de la borrica. El groom encargado de conducirla montó un caballo castrado irlandés, que tenía una mancha blanca en la frente y las piernas pintorreadas de numerosas manchas blancas de un aspecto muy caracterizado. La borrica fué cubierta por Middleton, mas el producto asemejábase de un modo asombroso al caballo irlandés que había acompañado á su madre; el pollino tenía absolutamente las mismas marcas en la frente y en las piernas. 5.º M. Mac-Comore, el célebre educador de la raza bovina de Agnus, raza negra y sin cuernos de Escocia, está de tal modo convencido de la influencia ejercida sobre las hembras por los contrastes vivos de color de los objetos exteriores en el acto de la concepcion, que ha hecho pintar de negro las puertas, las barreras, las paredes y hasta los techos de sus establos, á fin de conservar en los productos el color negro que caracteriza su raza de predileccion. 6.º Lady Pigot, muy conocida en Inglaterra por su magnífica ganadería Durham, de la familia de los Boosts, sorprendióse hace algunos años, al ver que la mayor parte de sus becerros nacían enteramente blancos, aunque sus progenitores tuvieran un pelaje rucio ó rodado. Aun entre aquellos que se juntaban con un pelaje rucio, ese tinte volvíase cada vez más ligero ó suave. Hizose observar á dicha señora que acaso la causa de dichos fenómenos dependiera del color blanco de todas sus cuadras que hacía blanquear con cal, así en el interior como en el exterior. El color fué cambiado, y el re-

sultado vino singularmente á verificar la hipótesis sugerida, puesto que desde aquel momento, los becerros blancos pasaron á ser la excepcion, y el pelaje rucio volvióse más oscuro.

«Es de advertir, añade M. de La Tréhonnois, que la impresion grabada y recibida por los animales colocados en las condiciones favorables para la manifestacion de los fenómenos de que acabamos de hablar, es tanto más caracterizada, en cuanto el color que hiere su aparato óptico es más puro y vivo, ó bien ofrece un contraste más acentuado, como algunos intervalos blancos y negros, claro ó pardo oscuro, blanco y verde oscuro. En la vida salvaje, los animales de una misma especie viven generalmente en rebaños, y sin duda á la ausencia de los medios insólitos y no familiares es debida esa homogeneidad de formas y colores que les distingue, no solamente por razas, sino sobre todo por zonas topográficas y climáticas. En la domesticidad esa homogeneidad de medio no existe de ningun modo... La aptitud plástica que los seres organizados poseen para sufrir las influencias exteriores por las cuales pueden ser afectados sus colores, su fuerza, su desarrollo, su simetría y hasta su fecundidad, constituye por su sola el poder del arte del ganadero. A esas condiciones exteriores, inherentes á la domesticidad y cuyos efectos son familiares á los ganaderos inteligentes y observadores, el hombre puede añadir todavía las condiciones accidentales que obran sobre los animales en el acto de la concepcion, como un medio práctico para ejercer la influencia de combinaciones y cálculos, cuando menos sobre el color del producto, y no es eso por cierto una pequeña ventaja, si se tiene en cuenta que el color del pelaje es no solamente en un gran número de casos un rasgo característico de pureza de sangre, si que tambien en ciertas comarcas un elemento de riqueza comercial.» Es siempre M. de La Tréhonnois el que habla.

«En resumen, dice, el hecho extraño de Jacob hállase corroborado por todas las generaciones de ganaderos. Fue-

ra aun muy provechoso el calcular y preparar de antemano, como lo hacia Jacob, la influencia que ejerce sobre los animales reproductores, en el acto del calor y de la concepcion, la vista de los objetos exteriores desfigurados y de los colores vivos, ó la condicion ordinaria del medio habitual en el cual ellos viven, etc. Dicha influencia puede ser utilizada por los ganaderos.»

Esta vez, pues, todavía la verdad absoluta y el progreso estaban de parte de la Santa Escritura, el error y la rutina de parte de la incredulidad. Nada impide, además, el admitir que la multiplicacion prodigiosa de los rebaños manchados de Jacob fué á la vez natural y sobrenatural. Jacob lo reconoce él mismo, cuando dice á Raquel (Génesis, cap. XXXI, v. 7): «Así es como Dios ha tomado los bienes de tu padre y me los ha dado á mí.» El medio singular de las varillas variadas era, pues, una inspiracion. ¡Ah! si la ciencia tuviera una confianza entera en la revelacion!!!

Los cuervos de Elías.—«Los cuervos le traian por la mañana pan y carne, y por la tarde pan y carne, y él bebía del agua del torrente.» (III Libro de los Reyes, cap. XVII, v. 6.) Físicamente, no es de ninguna manera imposible que los cuervos trasportaran al través de los aires pequeños panes, semejantes á aquellos que eran cocidos sobre las ascuas ó en el rescoldo, y una pequeña racion de carne; mas aquí tratase sin duda alguna de un milagro. «Yo he ordenado á los cuervos, habia dicho Dios al profeta, que te alimenten sobre las orillas del torrente de Carith.» Los cuervos hicieron el mismo oficio, más tarde, cerca de san Pablo, primer ermitaño de los desiertos de la Tebaida. Algunos intérpretes créense autorizados para ver en los *Ho-rebibim*, que la Vulgata traduce por cuervos, unos mensajeros, unos mercaderes, ó los habitantes de la ciudad de Arabo; mas esa interpretacion no es solamente forzada; es además aventurada y carece de todo fundamento.

Oso de Eliseo.—«Eliseo fué desde allí á Bethel, y mientras iba avanzando en su camino, algunos muchachos (rapazuelos ó hombres del pueblo, gente baja), saliendo de la ciudad, hicieron burla de él y le gritaban: *Sube, calvo, sube, calvo.* Eliseo volvió el rostro, los vió y los amenazó con el castigo de Dios. Dos osos salidos del bosque despedazaron á cuarenta y cinco de ellos.» (Ib. cap. II, 23-24.) Los incrédulos hacen á este pasaje una oposicion inconsiderada. En Palestina no hay oso alguno, el clima no es asaz frío y los bosques faltan. Por parte de Eliseo, es ese un acto de venganza inexcusable, etc., etc. Nosotros no tenemos que examinar más que la cuestion científica, la existencia del oso en Palestina. ¿Cómo negarla, cuando es solemnemente afirmada por David, quien, al referir las hazañas de su juventud, gloriase de haber estrangulado un oso: por Isaias, Amós, Jeremías, el autor del Libro del Eclesiástico, todos los cuales atestiguan que no era raro encontrar osos en la tierra prometida. El oso negro y el oso blanco exigen tal vez un clima frío; mas el oso pardo y el oso gris habitan en climas templados y aun cálidos, como la Libia y la Numidia, de donde los romanos los hacian venir en gran cantidad. Además, por una parte, en ciertos puntos el clima de la Judea era relativamente frío: las cimas del Líbano y del anti-Líbano por ejemplo, lo mismo que las montañas de la Idumea, que son un ramal del anti-Líbano, etc., ostentábanse perpétuamente cubiertas de nieve. Por otra parte, aun en los tiempos modernos, la Samaria donde vivia Eliseo estaba cubierta de bosques. En efecto, Hosselquist, cuyos viajes fueron publicados por orden del rey de Suecia y traducidos en francés en 1789, dice (pág. 222 y siguientes): «Sali el 2 de mayo de Acre en direccion á Nazareth.... pasamos por un pueblo llamado Rama; más allá habia grandes bosques de encina. Al salir de dichos encinares penetramos en las bellas llanuras de Zabulon... En la extremidad encontramos un hermoso encinar. Fuimos desde Nazareth al monte Tabor. Todo el país está lleno de bosques al través de los cuales

divisamos á Samaria... Añadamos que no hubo evidentemente en Eliseo ni cólera, ni deseo alguno de venganza. Él debia hacer respetar su ministerio y mantener la autoridad de Elias; y eso tanto más por cuanto, despues de haber heredado su manto, su espíritu, su ministerio profético y su don de milagros, habia sido el glorioso testigo de su ascension hácia el cielo. Los rapazuelos ó los hombres del pueblo sabian perfectamente lo que hacian; ellos habian salido voluntariamente de la ciudad para ir á insultar al profeta ministro de Dios, y le insultaron groseramente. Por último, Bethel era el centro de la idolatria introducida por Jeroboam (III libro de los Reyes cap. XII, v. 25 y siguientes), y la residencia de un gran número de adoradores de Baal. Es muy probable que las victimas de la justicia divina hubieran sido apostadas allí por la supersticion y el ódio, para trocar en irrision el apostolado de Eliseo. Dadas tales condiciones y bajo el régimen de la ley del temor, un castigo ejemplar era necesario, ó cuando menos sumamente útil.

Caballo. Los caballos de Salomon.—Libro segundo de los Paralipómenos, cap. IX, v. 25 y en otros lugares: «Salomon tuvo cuarenta mil caballos en sus caballerizas, doce mil carros ó carrozas y doce mil caballeros; colocólos en las ciudades de las cuadrillas, y púsoles allí donde estaba el rey, en Jerusalem. Todos los reyes de la tierra enviaban caballos y mulas.» Ibid. v. 24: «Salomon junta carros y caballos; aparéjanse para él cuatrocientos carros y doce mil caballeros... Los caballos éranle traídos de Egipto y de lejos por los mercaderes del rey, que iban allí y los compraban.» Libro III de los Reyes, cap. IV, v. 26: «Salomon tenia cuatro mil caballerizas para los caballos de los carros y doce mil jinetes.»

Entre los datos de estos tres Libros santos existen algunas diferencias de número incontestables; mas que sólo pueden y deben ser atribuidos evidentemente á errores de copistas. En el Libro III de los Reyes es preciso leer

cuatro mil caballerizas. Voltaire encuentra extraño que Salomon hiciera venir sus caballos de Egipto, en donde eran muy raros, dice, y donde se volvian ciegos en corto tiempo. Cierto es que el caballo no aparece sobre monumento alguno del antiguo imperio de Egipto; que se hallaba igualmente ausente del período que se llama *imperio-medio* y que se extiende hasta la XI dinastía. Empero, bajo la XVIII dinastía, cuyo advenimiento debe ser colocado hácia 1800 antes de J. C., unos ochocientos años antes del reinado de Salomon, el caballo se muestra como un animal, cuyo uso es desde entonces habitual en Egipto. (M. Francisco Lenormant, *Informes de la Academia de ciencias*, tom. LXIX, pág. 1256 y siguientes.) Los hechos afirmados por los monumentos de Egipto están, pues, enteramente acordes con los hechos de la Biblia. Del mismo modo que se ve figurar el asno sin el caballo sobre los monumentos egipcios, desde tan antiguo como uno puede remontarse, el libro del Génesis, fiel é inestimable espejo de la vida patriarcal, al enumerar las riquezas de los primeros patrios, habla de sus camellos, de sus asnos, de sus rebaños de bueyes y carneros, pero jamás de caballos. Por el contrario, este animal aparece en el Éxodo como de un uso general. La vez primera que el Génesis hace mencion del caballo, es cuando la familia de Jacob va á establecerse cerca de José (Génesis, cap. XLVII, v. 17); mas eso se refiere á la época de los reyes pastores, hácia los tiempos de la XII y de la XXX dinastía. En resúmen, dice M. Lenormant: 1.º El asno era empleado de una manera universal en Egipto y Siria, como bestia de carga desde los tiempos más remotos de que puedan datar los monumentos. 2.º El caballo, al contrario, permaneció desconocido en los países al sudoeste del Eufrates, hasta el tiempo en que los pastores dominaron en Egipto, es decir, cerca del siglo XIX antes de la era cristiana.

Al texto del Libro de los Reyes y á los hechos recordados por M. Lenormant, M. Faye creyó poder oponer el versículo 24 del capítulo XXXVI del Génesis. «Aquí están los

hijos de Tsibon, Aíá y Aná. Ese Aná es el que encontró los mulos en el desierto, cuando apacentaba los asnos de Tsibon, su padre...» Tsibon y Abraham debieron de ser contemporáneos. Así, pues, hubo de haber mulos, y por consiguiente caballos, en Canaan, en tiempo de Abraham, y Salomon no tenia necesidad alguna de pedir sus caballos al Egipto. (*Informes de la Academia*, tom. LXIX, página 1282.) Empero, M. Roulin y M. Milne-Edwards (*ibidem*) afirman como cosa muy probable que los cuadrúpedos descubiertos por Aná en el desierto, y llamados mulos por los traductores de la Biblia, no eran mulos propiamente dichos, sino hemiones, animales que, por su tamaño y sus formas, son intermediarios entre el caballo y el asno, aunque ellos sean completamente distintos de uno y otro como especie zoológica. Por lo demás, en ninguna parte hay mulos en el estado salvaje. Estos animales son unos productos híbridos que solo nacen bajo la influencia del hombre. Es tan inseguro que los animales de Aná fueran mulos, que segun la Vulgata, los *yemin* encontrados por Aná en el desierto eran unas aguas calientes ó termales. Los hechos de la Biblia hállanse, pues, enteramente acordes con los hechos de la historia y de los monumentos. En cuanto á la objecion fundada en la ceguera precoz de los caballos de Egipto, ceguera ocasionada por la arena fina y muy caliente que ciertos vientos levantan, es por demás ridícula. Salomon evidentemente compraba en Egipto caballos jóvenes y sanos, los cuales trasladados á la Palestina nada tenían ya que temer por parte del simoun.

Cerdos.—«No muy lejos de ellos, habia una gran piara de cerdos que pacían.» (San Mateo, cap. VIII, v. 30.) ¿Cómo concebir una numerosa manada de cerdos en medio de un pueblo al cual la ley prohibía comer de ellos? La ley que prohibía á los judíos el comer puerco no les prohibía que los criaran. El asno y el perro eran inmundos como el cerdo; y eran sin embargo de un uso comun entre los

israelitas. Moisés (Deuteronomio, cap. XXIII, v. 19-20) permite vender á los extranjeros una bestia que hubiera muerto por sí misma, y que por tal razon era inmundada para los israelitas. ¿Por qué, pues, estos no hubieran podido vender á los extranjeros bestias inmundas vivas y por consiguiente criarlas? Gerassa, además, hallábase situada en la Decápoli, cuyos habitantes eran en su mayoría paganos. ¿Acaso estos no tenían al menos toda la libertad para criar y comer cerdos, y no podían poseer numerosos rebaños de los mismos? La Decápoli hallábase situada igualmente sobre el territorio del antiguo Basan, tan renombrado en la Escritura por sus vastos encinares, y eminentemente propio por lo mismo para la cria de puercos.

Moscardones.—Éxodo, cap. XXIII, v. 28: Yo enviaré los tábanos, que pondrán en fuga al Heveo, al Cananeo y al Etneo, antes que tú entres.» No es probable, dice Voltaire, que los pueblos de esas provincias se dejaran espulsar por moscas. Y sin embargo, él mismo cita á varios pueblos del Asia que se vieron obligados á abandonar su país, donde los moscardones habíanse multiplicado excesivamente. «Es lícito, por ventura, hablar con tanto desden de un hecho, anunciado en primer lugar por Moisés, del cual José afirma la realizacion, cuya verdad atestigua el Libro de la Sabiduría, escrito mucho tiempo despues, y del cual dos naciones fueron testigos, los cananeos, que experimentaron sus tristes efectos, y que lo publicaron en el Asia despues de su dispersion, y los judíos, que se aprovecharon de sus ventajas? Una multitud de historiadores antiguos refieren hechos enteramente parecidos. ¿No se vé, acaso, á menudo en los mercados y en las ferias algunos tábanos ú otra clase de moscas, sembrando el terror en el seno de los rebaños de bueyes y caballos, ponerlos en un estado de pánico ó de arrebato, muy próximo al furor, y que es imposible conjurar? M. de Castelnau indicaba en estos términos á la Acade-

mia de ciencias, los efectos terribles producidos por una mosca llamada la *tsetzé*.

«El Africa central ofrece hoy dia un ejemplo curioso de los grandes efectos producidos por causas las más fútiles al parecer. En efecto, en el punto á que han llegado las exploraciones de esa parte del continente, los trabajos no han podido ser interrumpidos por un clima abrasador, ni por varios pueblos hostiles, ni por los terribles animales del desierto, no; pero todos los esfuerzos se estrellan contra una mosca, apenas mayor que la que habita en nuestras casas... la *tsetzé*. *Glossina morsicans*, que no produce funestos efectos sobre el hombre, pero que los causa terribles sobre los animales domésticos. M. Green, en su viaje al norte del gran lago Ligami, perdió en poco tiempo sus animales de carga y tiro, viéndose obligado á renunciar á su plan, que era llegar hasta Labeledé. Hace algun tiempo, algunos Griquas, teniendo con ellos ocho wagones, probaron de atravesar el país que habita dicho insecto: perdieron todos sus animales, y tuvieron forzosamente que volver á pié. El caballo, el buey y el perro, despues de haber sido picados, perecen casi inmediatamente si están gordos y en buen estado. Tres ó cuatro de dichas moscas bastan para producir tan deplorables efectos.» (*Informes de la Academia de ciencias*, tom. XLVI, pág. 984.) Evidentemente si los *cabrones* (tábanos) de la Biblia hubieran sido los *tsetzés*, los Cananeos, los Heveos y los Etneos hubieran tenido que emigrar por fuerza; ellos hubieran huido de buen ó mal grado ante una pequeña mosca, como los intrépidos viajeros del Africa central.

Preñez de la mujer.—Génesis, cap. III, v. 16: «Yo multiplicaré tus tribulaciones y tus preñeces. Tú parirás tus hijos en el dolor. Vivirás bajo la potestad de tu marido y él te dominará.» Se ha encontrado esta condenacion excesiva, y sin embargo es la expresion exacta de la verdad. Es cierto que todas las mujeres paren con dolor; es in-

contestable que su parto es, en general, más difícil y doloroso que el de las hembras de los animales, tanto más en cuanto aquellas tienen más conciencia y un sentimiento más vivo de su dolor. La mujer, además, hállase más de lleno bajo la dependencia del hombre, que las hembras bajo la dependencia del macho, y las pruebas ó trabajos que ellas tienen á menudo que sufrir en tal dependencia exceden á las de las otras madres. ¡Cuánta verdad tambien es esta palabra del Salvador de los hombres! (San Juan, cap. XVI, v. 21): «La mujer cuando pare, siente tristeza, porque su hora ha llegado; mas cuando ha dado su hijo al mundo, no se acuerda ya de sus angustias, harto dichosa de poder decir que ha nacido un hombre.»

Permitaseme dar aquí un nuevo ejemplo del comentario de los Libros santos por algunos sabios especiales: el doctor M. E. Verrier, profesor libre de obstetricia comparada en la Escuela práctica de medicina, responde en estos términos á una consulta que le dirigí respecto del parto de la mujer con dolor.

«No es posible establecer comparacion alguna entre el dolor y los peligros de la parturicion entre las hembras salvajes y las hembras domésticas; y la distancia que separa, bajo el mismo punto de vista, á la compañera de nuestra existencia de las hembras domésticas, es tan grande, como la distancia que existe entre estas y las hembras en el estado salvaje.

«Debo añadir que existen aun en la especie humana gradaciones infinitas, segun la mujer parturiente pertenece á las poblaciones nómadas del Africa ó de la América, á nuestras robustas campesinas ó á nuestras mujeres enervadas en las ciudades.

«Permitid que os indique todavía algunas de las razones de dichas diferencias. Dejemos por un instante los textos á un lado y discutamos segun las luces de la razon humana.

«La anatomía comparada nos enseña que la diferencia

de los bacinetes, la estrechez del sacro, la prolongacion de los huesos ilíacos y la reduccion de la arcada pubiana deben favorecer singularmente el parto en los animales; si añadis á esta feliz conformacion la forma prolongada de la cabeza del feto, fácil os será comprender que las primeras contracciones uterinas deben facilitar, por una presion moderada y por consiguiente casi *sin dolor*, el desprendimiento y la salida del feto. En la mujer, al contrario, las dimensiones opuestas, *la gran curvadura del canal pelviano* y la esfericidad de la cabeza del feto requirirán esfuerzos violentos; de ahí unos dolores atroces prolongados por más tiempo, y trayendo consigo el peligro de congestiones, de astenia nerviosa, de eclampsia y de hemorragias, que serán tanto más temibles cuanto más la mujer pertenezca á la vida civilizada.

«Hé aquí por qué la mujer del campo, y *á fortiori*, la mujer salvaje paren con más facilidad. Hé aquí por qué acaso tambien los veterinarios hallan algunas veces el motivo para ejercitar su talento respecto de nuestras matronas domésticas, dado que la domesticidad es la civilizacion de los animales, y que la civilizacion perjudica á la grande y sublime funcion de la reproduccion, no solamente en su primer acto, sí que tambien en su génesis. De lo cual yo saco la conclusion de que es menester descentralizar para probar.»

Los gigantes.—Génesis, cap. VI, v. 2 y siguientes: «Los hijos de Dios viendo que las hijas de los hombres eran hermosas escogieron entre ellas mujeres y se casaron con las mismas... Cuando los hijos de Dios hubieron conocido á las hijas de los hombres, y estas hubieron concebido, viéronse aparecer sobre la tierra gigantes, hombres por siempre prepotentes y famosos.» La existencia, en los tiempos antiguos, no solamente de gigantes individuales, como Goliat y Og, rey de Basan, etc., sí que tambien de razas de gigantes, no puede ser puesta en duda. Los gigantes desempeñan un gran papel en la mitología de las In-

dias, de la China, de la Grecia, del Egipto, etc., y en las tradiciones de los pueblos del Norte, etc. Además, y es esa una particularidad muy notable, todas las tradiciones de los pueblos están contestes respecto de las cualidades que atribuyen á los gigantes. Todas ellas nos los representan como unos hombres malvados, y un grandísimo número de ellos como unos hombres de formas horribosas y desproporcionadas, todos los cuales sucumbieron en la lucha contra el principio de todo bien. Esta concordancia es tanto más extraordinaria, atendido que los hombres de elevada estatura son por lo comun amables y dóciles en dejarse gobernar. Moisés, por otra parte, no dá la cifra de la talla de sus gigantes, y nada prueba que esa medida excediera de una elevacion de dos metros y cincuenta centímetros, ó de tres ó cuatro, de lo cual encuéntranse algunos ejemplos en los tiempos antiguos y modernos. Los enviados encargados por Moisés de explorar la tierra prometida habian en estos términos de los hombres gigantescoos que allí encontraron. (Los Números, cap. XIII, v. 28 y siguientes): «Fuimos á la tierra á la cual tú nos enviaste, donde mana en efecto leche y miel. Mas tiene tambien unos habitantes muy fuertes, ciudades grandes y muradas. Allí vimos la raza de Enach, raza de monstruos gigantescoos; comparados á ellos, nosotros parecemos langostas.» Esos Enachim ó gigantes de la raza de Enach fueron acaso antepasados de todos los gigantes de la historia, aun de los aquellos de las tierras meguélicas ó de los patagones, cuya talla excede rara vez de dos metros y cincuenta centímetros. M. Mulot, en una memoria leida en la Academia de inscripciones y buenas-lettras, el 2 de abril, recuerda y prueba que, cuando Josué penetró en la tierra de Canaan, una parte de los habitantes huyó y diseminóse por las islas del Mediterráneo, por las costas del Africa y acaso tambien hasta por el interior de la Germania, como lo prueban el pasaje de Eusebio sobre la fundacion de Trípoli, la inscripcion de Tánger y las inscripciones hebraicas encontradas en Viena y descritas por Lazius. Algunos de los hi-

jos de Enach siguieron á los cananeos fugitivos y á los fenicios, que formaban con ellos un solo y mismo pueblo; y nosotros encontramos, en efecto, los sepuleros de dichos gigantes donde quiera que las inscripciones nos enseñan que aquellos pueblos penetraron: en Tánger, por ejemplo, el de Anteo, que Sertorio hizo abrir; en Asteria, cerca de Mileto, el del gigante Asterio, hijo de Enach; en Viena de Austria, el del gigante Mordecai descendiente de la misma raza de gigantes, etc., prescindiendo aun de aquel pasaje de Plauto en que Cartago es apellidada la residencia de los hijos de Enach. En la historia misma de las islas británicas, encontramos algunas antiguas huellas de los hijos de Enach; Bruto á su llegada arrojó á los gigantes que oprimian á los habitantes; la fiesta del ídolo de mimbre fué instituida para que fuera como un monumento imperecedero de dicha libertacion. Dicha fiesta consistia antiguamente en el gran sacrificio de los druidas, en el cual puede verse una reminiscencia de los sacrificios que los cananeos hacian en Moloch de sus propios hijos, sacrificios que fueron, como lo indican las sagradas Escrituras, la causa de su exterminio. En resumen, los gigantes de la Biblia, salidos de la union criminal de los hijos de Dios, es decir, muy probablemente, de los descendientes de Sem con las hijas de los hombres, salidas de Cain, dieron ciertamente origen entre los paganos á esos cuentos de razas prodigiosas de gigantes que quieren escalar el cielo, de unos hombres perversos y temibles que se muestran en el origen de todas las historias, asi en el nuevo mundo como en el antiguo continente. El Génesis no nos indica la talla de aquellos que llama gigantes; más, aun en nuestros dias, véanse algunas veces aparecer hombres cuya estatura alcanza cerca de tres metros. Yo mismo ví un hombre y una mujer de esa talla en Lóndres, en 1871.

Los pigmeos.—Despues de los gigantes, se han atrevido á hacer de los pigmeos un crimen á la sagrada Escritura, Ga-

madim (hombre de un codo de alto), de los cuales Ezequiel habla en estos términos (cap. XXVII, v. 27): «Los pigmeos que estaban sobre vuestras torres suspendieron sus carcajes á lo largo de vuestras muras, á fin de que nada faltara á vuestra belleza.» Ignórase el significado real de la voz *Gamadim*, mas, puesto que se trata de guerreros colocados como centinelas sobre las torres, ¿podría ser este el caso de evocar pigmeos? La objecion cae, pues, muy probablemente por su propio peso. Además, ¿es acaso bastante seguro que jamás hubo pigmeos? El abate M. Bullet así lo afirmó, y muchos otros apologistas lo repitieron despues de él. Empero, la ciencia y la geografia hicieron desde entónces grandes progresos; y hé aqui lo que, á propósito de las fotografias de dos jóvenes akkas, raza enana del África, M. de Quatrefages comunicó á la Academia de ciencias en su sesion del 1.º de junio de 1874: «Los akkas parecen tener exactamente la talla de los Obongos, otra raza pigmea descubierta por Duchailu en las regiones del Gabon, sobre el territorio de los Achungos, y cuyo máximum de estatura es 1 metro 50 y el mínimum 1 metro 306. Los akkas y los obongos no son ciertamente las razas humanas más pequeñas. Debajo de ellos, encuéntranse: los Mincopios, máximum 1 metro 48, mínimum 1 metro 37, y sobre todo los Boschimanos (hombres de las selvas), máximum, 1 metro 45, mínimum 1 metro 14.» ¿Quién sabe si en algunas regiones todavía inexploradas, no se hallará algun día una raza mayor que la de los patagones ó más pequeña que la de los boschimen? En todo caso, ningun vacío se notará en la santa Biblia, si esta no hubiera indicado la existencia de los gigantes como tambien de los pigmeos.

Longevidad de los patriarcas.—Segun el Génesis, la duracion de la vida de los patriarcas fué tal, que, á excepcion de Enoch, que fué arrebatado el cielo, la edad de la mayor parte de ellos excedió de novecientos años, de suerte que Lamech, el padre de Noé, despues de haber

vivido cincuenta y seis años en compañía de Adan, hubiera conversado con todos los patriarcas, y que Noé mismo hubiera vivido cerca de un siglo con Enó, nieto de Adan.

Esta duracion prodigiosa de la vida de los primeros hombres es uno de los hechos más sorprendentes de la historia del mundo antes del diluvio. Empero, cuanto más extraordinario aparece, tanto más se aparta de todas las proporciones actuales de nuestra vida, y reviste más profundamente el carácter de un hecho histórico culminante, que debió dejar en la memoria de los hombres indelebiles recuerdos. De ello se trata, en efecto, en los anales de todos los pueblos, hasta tal punto que, si existe hecho alguno bien averiguado para la historia, es indudablemente este. Hé aqui lo que decia Josefo sobre el asunto: «Todos los historiadores del mundo, así los de los griegos como los de los demás pueblos del universo, atestiguan la longevidad de los primeros hombres. Maneton, el analista de los egipcios; Beroso, el de la Caldea; Mosjo, Hestio, Jerónimo de Egipto, y los historiadores de la Fenicia emplean el mismo lenguaje. Hestodo, Hecateo, Acusilao, Eforo y Nicolao de Damasco refieren que los primeros hombres vivian más de mil años.» (Josefo, *Antigüedades*, libro 1.º, cap. IV). Hestodo es el único de los autores nombrados por Josefo, cuyo libro, *de las Obras y de los Dias*, haya llegado hasta nosotros; y todos pueden ver que en el verso 130 atestigua la tradicion de la longevidad de los primeros hombres. Homero hace deplorar al anciano Héctor la brevedad de sus dias, que no igualaban de ningun modo á los de los héroes, sus padres. Plinio dice sobre este punto que «esto no son ficciones poéticas, sino la expresion de una verdad perfectamente exacta y seriamente demostrada por todos los observadores de los fenómenos naturales y de las verdades históricas» (*Hist. Nat.*, lib. VII, cap. XLVIII). Varron, citado por Lactancio, Valerio Máximo, etc., hablan en iguales términos. La China no queda tampoco fuera de ese con-

cierto tradicional. El período entre dos reinados casi consecutivos. Houng-Ti, el Adán chino, y Yan, el Jafet europeo, no abraza menos de dos mil años. La longevidad de los primeros hombres es, pues, un hecho perpétuo y universalmente afirmado; y si algo hubiera podido reprocharse á la santa Biblia, que es la sola que narra los verdaderos orígenes del hombre de una manera razonable é histórica, hubiese sido el pasarlo en silencio, si lo hubiera omitido. Mas ¿cómo interpretar este hecho extraordinario? El doctor M. Foissac, en su libro de *La Longevidad humana* (pág. 346), dice con razon: «Supérfluo fuera el intentar explicarse cómo los hombres han podido vivir ocho ó nueve siglos; debiérase más bien tratar de averiguar por qué deterioracion natural, original ó contraita, la raza humana se ha encontrado reducida á los límites actuales... Al presenciar el nacimiento y el desarrollo de los seres organizados, lo que mas debe sorprender al observador es la duracion efimera de ellos. ¿Cómo un organismo tan admirable como el del hombre se detiene de repente en su crecimiento? ¿Cómo una vez llegado á la edad de treinta, cuarenta años, á este grado de belleza, vigor y perfeccion [que se nota en este cuerpo tan armonioso, en este espíritu tan esplendente, no sigue viviendo y funcionando con la misma regularidad y plenitud de las mismas funciones? ¿Por qué esta noble corona, fabricada con tanto arte por el Artífice oculto, va perdiendo sucesivamente cada uno de los detalles que forman un conjunto tan maravilloso? ¿Por qué la muerte? ¡Hé aquí lo incomprendible y el misterio!» La muerte no se explica, en efecto, más que por la caída original. Dijimos ya de qué manera el régimen del hombre fué sucesivamente frugívoro, herbívoro y carnívoro; cómo su vida media, en cada uno de esos tres regímenes, fué descendiendo poco á poco de novecientos años á ciento veinte, y de ciento veinte á setenta años. Hemos atestiguado, además, que el suelo y la atmósfera habian sido considerablemente modificados por el diluvio. Antes

del diluvio, en efecto, la lluvia no caía aún; durante el diluvio fué excesiva; despues del diluvio, se regularizó, y entonces fué cuando el hombre vió aparecer por vez primera el arco-iris, testimonio radiante de los cambios sobreenvidos probablemente en la atmósfera. Antes del diluvio, el aire atmosférico era menos rico en oxígeno y estaba más saturado de vapores de agua y de ácido carbónico; la respiracion era menos activa, la temperatura del cuerpo menos elevada. El hombre, decia Buffon, pudo crecer entonces durante más largo tiempo, y no llegar á la pubertad hasta los ciento y treinta años, en lugar de llegar á ella á los catorce, como sucede hoy. Desde luego, y suponiendo lo que es así realmente que la duracion de la vida humana sea siete veces la del crecimiento, tenemos que, multiplicando 130 y 14 por 7, obtiénesse, para el máximum de la vida de los hombres antediluvianos, la cifra de 910 años, y para el de la vida de la generacion actual, 90 años. No intentaremos pasar más adelante en la penetracion de ese misterio; bástanos para ello el haber demostrado que la longevidad de los patriarcas es un hecho que su misma naturaleza hace incontestable, dado que constituye por sí mismo la tradicion más imponente que existió jamás.

Leviatan.—Es cosa muy difícil el reconocer exactamente entre los animales actuales el monstruo del cual Job (cap. XL-XLI) ha hecho una descripcion tan brillante. Su raza puede haber desaparecido. El puede ser un cocodrilo enorme ó un cetáceo gigantesco.

Behemoth.—La descripcion que hace Job de este animal temible es magnífica, y él lo pinta ciertamente al natural; mas precisamente por ser esa descripcion eminentemente poética, es muy difícil hoy el reconocer en esos rasgos tan acentuados el animal que caracterizan. Este puede ser un hipopótamo ó un elefante, como igualmente un mastodonte desaparecido, pero que podia exis-

tir á la sazón. Varios periódicos anunciaron últimamente que acababa de descubrirse el mastodonte en la Siberia septentrional. Y hé aquí que despues yo he encontrado en los *Anales de Filosofía cristiana*, de M. Bonney (tom. IX, pág. 209), otro indicio de la existencia del mastodonte en los tiempos modernos. «Un alemán establecido en Franciville-Misisipi escribia en una carta con fecha del mes de agosto de 1829, que el mastodonte ó mammoth vive todavía en las regiones occidentales de la América del Norte. Dos de los hijos y tres amigos de dicho señor habian visto á muchos de ellos en una excursion que acababan de hacer. Dicho animal es frugívoro. Su alimento favorito es cierto árbol del cual come las hojas, la corteza y aun el tronco. Su forma no es bella; se asemeja más á un jabali de cinco metros de talla que á un elefante, y carece de trompa.»

Elefante de combate.—El autor del libro primero de los Macabeos (cap. VI, v. 30) refiere que en el ejército acandillado por el rey Antiocho contra Judas Macabeo, habia treinta y dos elefantes adiestrados para el combate; que sobre cada uno de dichas bestias habia una fuerte torre de madera, con varias máquinas de guerra encima, y en cada torre treinta y dos hombres de los más valientes, los cuales peleaban desde lo alto, y además un indio que dirigia á la bestia. Aquí grítase contra la exageracion, y ¿por qué? Plinio, casi contemporáneo, dice (lib. VIII, cap. VII) que Julio César hizo luchar en el circo, en Roma, á veinte elefantes que llevaban torres de madera, en cada una de las cuales habia sesenta hombres. Cuando los portugueses sitiaron á Malacca, en 1511, el rey de esta ciudad iba montado sobre un elefante, y apoyado á derecha é izquierda por otros dos elefantes, cuyos lomos sustentaban fuertes castillos, desde donde las flechas y los dardos caian como el granizo. (*Historia de los Viajes*, tom. 1.º, pág. 333.)

Codornices.—Números, cap. XI, v. 31-32: «Por la tarde, un viento impetuoso viniendo del mar, arrojó sobre el campamento de los hebreos una bandada de codornices, que abatieron el vuelo en una multitud innumerable, sobre las tiendas y en la region vecina, hasta la distancia de una jornada. Los hijos de Israel pasaron el resto del dia y la noche entera, recogiendo las aves que les enviaba la bondad del Señor: se hartaron de ellas é hicieron secar el resto para renovar sus provisiones agotadas.» Trátase aquí evidentemente de un hecho extraordinario ó milagroso, tanto en la prediccion que Moisés hizo de él, como en el número enorme de dichas aves, que el cansancio y el viento hicieron caer en torno de una caravana hambrienta, etc.; mas este hecho extraordinario no es más que la exaltacion, la exageracion divina de un hecho científico y del todo natural (1). Enefecto, algunas codornices cansadas de un largo trayecto déjense todavía coger hoy con la mano, en las mismas estaciones en que ellas sirvieron de comida á los hebreos. «Las primeras codornices, dice M. Leon de Laborde, viniendo de Egipto, pasan periódicamente hácia el principio del mes que corresponde al día décimo quinto del mes de junio, época asignada por el Exodo á la caída de las codornices. Ya Diodoro de Sicilia habia dicho que bajo el reinado de Aclisanés, algunos egipcios desterrados por algun robo cometido en el desierto del istmo de Suez habiense alimentado tambien con codornices. No trataremos de ningún modo, lo repetimos, puesto que fuera intentar lo imposible, de explicar naturalmente la multitud inmensa de dichas aves, que abatieron el vuelo precisamente en el desierto de Sin, fuera, en cuanto al número, de los hábitos conocidos en las emigraciones anuales del mismo género. El Salmista (Sal. LXXVII, v. 27) compara la caída de aquellas codornices á una lluvia de polvo y á los

(1) El autor quiere decir que Dios se valió de un hecho natural para producir un efecto sobrenatural ¿por la manera como tuvo lugar. Nota de los editores.